

el sol pesado

Juan Pablo Gaviria Bedoya

2020

La última vez que hablé con mi madre colgamos disgustados. No fue propiamente una discusión, sino más bien el peso de estar lejos.

Hablamos con regularidad, sobretodo mi madre y yo.

Normalmente las conversaciones con mi padre son cortas, no es que no le guste hablar, es ansioso; salta entre preguntas e interrumpe respuestas como con afán de algo.

“Y allá, ¿cómo están, bien?”

¿Muchos muertos?

¿Qué horas son allá?”

Hablamos con regularidad, sobretodo mi madre y yo, aunque ella siempre está haciendo algo más.

A veces las conversaciones con mi padre son tensas, no es que no me guste hablar, es que estoy ansioso; como si perdiéramos conexión.

No es propiamente una queja, sino más bien el peso de estar lejos.

Reconectando. *[Dice la videollamada]*

Vengo pensando que últimamente las cosas han ganado peso, que quizá el encierro a sido la causa, por aquello de la quietud, de la falta de movimiento. Pero es verdad también que de vez en cuando sufro de ansiedad y pienso en la distancia; por aquello de la quietud, de la falta de movimiento. Y que por esto las cosas han ganado peso, al menos últimamente. Y se me tensiona la cara y siento un hormigueo; mi lengua se desliza por los dientes y es ahí cuando sé que algo pasa (*pesa*), y pienso en mis padres, en nuestra última conversación, en la mímica del todo anda bien y aún así saber que ellos también deslizan sus lenguas por los dientes. También se sientan en el balcón y observan las hojas de los arboles para distensionar los músculos de la espalda, rozan sus dedos acariciandose los brazos para tranquilizarse y conversan consigo mismo, siempre finalizando con un *“ya todo volverá a la normalidad”*.

“¿Cómo están, bien?”

Vengo pensando que últimamente las cosas han ganado peso, como el mar, que ha distancia tiende a verse inmóvil. O el sol, que cae al atardecer por el peso de la luz.

¿Es posible que los cambios de velocidad no impliquen movimiento?

Rígido.

Pesado.

Las comunicaciones han sido interrumpidas por falta de conexión, y la distancia se refleja en facciones congeladas.

Rígidas.

Pesadas.

–O el sol, allá de noche y acá de día–

El trópico.

Los hemisferios.

Facciones congeladas acompañadas de un “reconectando” que corta la oración en el momento más importante. Y mientras espero, acaricio mis dientes con la lengua y caigo en cuenta del movimiento repetitivo de mi pierna que me ha acompañado en la llamada desde el comienzo, desde hace ya 5 minutos.

¿Y cómo es que pesa el tiempo, como el mar, la distancia o la luz del sol?.

¿Es posible que los cambios de velocidad no impliquen movimiento?

Siete horas de diferencia me hacen pensar (*pesar*) que las cosas han ganado peso. Al esperar que la conexión se estabilice y sus rostros recuperen movilidad *–esa que han perdido por la distancia–*, pierdo la vista en los soles de mano, esos soles sin atardecer que aparentemente acortan distancias.

Sol en la mano.

Luz en la cara.

“¿Qué hora son allá?”.

Durante el tiempo que he vivido lejos, me he despertado
mientras allá están en el punto más oscuro de la noche.
El trópico.
Los hemisferios.
Y me toco los dientes, y me vibra la pierna.

Querida madre mía,
y a ti, Papá,
acá todo parece tranquilo.

Empecé a escribir pensando que hablaría de la situación,
pero me voy dando cuenta que no puedo evitar pensar en el
espacio entre nosotros; y que además, pareciera que les
escribo una carta, sobre cómo me siento, sobre lo que pienso
(*peso*) en este momento. He salido a correr, ¿saben?. Mamá y
papá; he salido a correr y lo he estado haciendo de forma
regular, como las llamadas con ustedes. Hasta el día de hoy
he corrido un poco más de la distancia entre Cali y el mar –
donde el sol cae por su peso–. Y me ha servido, me siento
más ligero luego de correr; pero nunca es suficiente, ¿saben?
Mamá y papá. Y veo las fotos, y a mi sobrino, y todo es
felicidad y alegría, risas; y luego viene la incertidumbre, y
ustedes, con sus rostros congelados en una mueca de sonrisa.
Rígidos. Pesados. “*¿Y el país? Bien, o mal. Como siempre,
usted sabe, aquí la gente no hace caso. No como allá. ¿Cómo
están allá? ¿Muchos muertos?*”. Y me paso la lengua por los
dientes y contesto: “*volviendo a la normalidad. Estamos bien,
hoy salimos al parque. Hace sol. Hoy es el día más largo.*”.

Y si, la intensidad la perdimos luego de un par de llamadas, ¿por qué? porque las respuestas empezaron a sonar parecidas y así, perdimos los detalles de lo que ocurría. Y con la pérdida de los detalles se relentizan los movimientos y todo suele verse pesado, distanciado.

“¿Qué hora son allá?”.

Acá es de noche y allá apenas cae el sol.

Hoy hablé con mi padre. Fue una llamada corta, aunque agotadora. Pesada, pero siempre acompañada de un “*no te preocupes, todo está bien*”, y no lo está; aunque nunca lo ha estado, pero el encierro tiende a magnificar las cosas. Y los ruidos suenan más fuertes, y los olores más intensos. Ahora que empieza a aumentar la temperatura es preciso decir que el tiempo se escurre en las paredes, en mi frente. Rápido, o lento, aún no me decido *-sobre la velocidad-*. Y yo extendiendo el sueño y pienso en infinidad de cosas, en mis padres, en lo que dicen y lo que no dicen; en estar en casa, en poder hacerlo. En el afuera, en que estoy afuera, siempre quise estar afuera y ahora que lo estoy, debo mantenerme adentro. “*¿Y adentro, cómo están? dicen que bien, que cansados, pero que ahí van. Luchando...*”, y aún así tienen la tranquilidad de conservar la inmovilidad, de mantener distancia; eso produce pesadez. Otros, en las calles continuando con la vida que les ha tocado y generando movimiento. Sobrevivir, Productividad física, Salud. Para otros, sinónimo de riesgo. Pero claro, estar en casa, poder hacerlo. Líquidos, dispersos, móviles, versus sólidos, juntos *-pero alejados-*, estáticos; como piedras.

Acariciarse el brazo y deslizar la lengua, detener el pié.

¿Es posible que los cambios de velocidad no impliquen movimiento?

Empiezo a pensar que la forma en que medimos las distancias, luego de todo esto, se ha convertido en un valor relativo; que como el tiempo, la superficie ha empezado a curvarse por el peso de la situación y ahora, perdemos de vista ciertas cosas debido a lo distante, su peso; como el sol, que cae por la densidad de la luz.

Las velocidades se han vuelto intermitentes. Largas jornadas de tiempo perdido y días a los que creemos les faltan horas. Parpadeos que transcurren semanas y eternos periodos de unos cuantos minutos. Estas distorsiones de la velocidad y el tiempo encorvan la superficie, nublan la distancia, desfiguran los rostros; como un glitch, una interferencia.

Reconectando. *[Dice la videollamada]*

Y la superficie curva y nosotros retrocediendo. Y las sombras que nacen de la luz, como los volúmenes y sus superficies curvas. Y de esa interacción la noche y el día. Interactuar, por medio de la luz, la luz que pesa, la del sol, en las pantallas. Un millar de soles sin atardecer, recortando distancias, aparentemente.

Detener el pié; un gesto congelado por la distancia.

La superficie se curva y aparece el horizonte y las cosas además de endurecer, desaparecen. Claro, por la distancia no solo suelen verse como piedras, también aparentan no existir, por la curvatura que genera el peso de lo distante, debido al tiempo que también se dobla, y a la velocidad. La velocidad de los días reproduciéndose, propagándose hacia el horizonte. El tiempo, biológico, a velocidad pandémica. Y perdemos la cuenta. Son muchos, han sido muchos: los días, las personas, que son piedras; que son soles, llenos de luz.

“Y allá, ¿cómo están, bien?”

¿Muchos muertos?

¿Qué horas son allá?”

-Algunos cuerpos espaciales no son cuerpos físicos-

Pero rotan y se trasladan, y pesan, como el sol, debido a la luz y la distancia, que endurece hasta desaparecer. Y los días, que se reproducen hasta perder la cuenta. Y las palabras, que se van agotando.

Las lenguas orbitando la media circunferencia dental.
Las piernas produciendo energía cinética.

Hoy que es el día más largo, desde mañana pesa más el sol.
Cada día. Todos los días, hasta el próximo solsticio.
Hoy escribo mientras el sol se encuentra en el punto mas alejado en relación al ecuador.
Justo al lado de mis padres.
Hoy es el día más largo.
La distancia más pronunciada entre la luz y la sombra.

Hoy es el día del cambio.
Un cambio Solar.
Acá.
Allá, *“Como siempre, usted sabe”*.
El trópico, el clima incesante.
La falta de cambio, en la temperatura, en el movimiento.
Entre la luz y la sombra.
Entre nosotros.

Querida madre mia,
y a ti, Papá,
acá todo parece tranquilo.

J.
Un día de solsticio de verano.